

Carta desde Auserd Por Elena García Quevedo

Nadie me dijo que había un desierto en el desierto al que llegas en jeep por caminos de arena que se trenzan, se hunden o se pierden. Aquí, desde hace 30 años, 200.000 personas viven refugiadas en la inmensidad de un tiempo y un espacio que quema ojos y —dicen— entrañas. Tampoco me explicaron que aquí el resplandor de las luces de Tinduf compite cada noche con un cielo transformado en un inmenso nido de luciérnagas.

Lo he sabido al llegar a Auserd, una de las cuatro *uilyas* —provincias— saharauis en Argelia. En el centro de la plaza del Ayuntamiento, los asistentes al Festival Internacional de Cine del Sáhara esperamos conocer a la madre que da nombre a la jaima —en este caso, una casa de adobe— donde vamos a vivir unos días. Es la segunda vez en la historia de los campos que se proyecta cine en pan-

talla grande, y la primera en este lugar. De lejos, el sonido de *Vampiros en La Habana* ameniza una noche en blanco y negro aún, sin más matices que los evidentes: el siroco que empieza a remitir y la luz de los faros de los todo terrenos —la única en la plaza—, y ninguna mezquita en este espacio musulmán, porque sus habitantes esperan salir de aquí.

De mañana, entre las cuatro paredes de la jaima de El Rubio —la única de todo el campo conocida por el nombre del marido—, la luz entra por la puerta de forma tan espectacular que los blancos y negros parecen virar al color. Malika, Sacha y Mohamed, los tres niños de la familia, te obligan a jugar, mientras El Rubio, que habla castellano, deja caer el tiempo entre té y té: la primera ronda es amarga como la vida; la segunda, dulce como el amor; y la tercera, suave como la muerte, dice la tradición.

En el exterior se dibujan luces y sombras sobre las dunas, y en este instante, el espacio físico destinado al cine apenas parece un punto en la inmensidad, como un pequeño espejo que aún se me antoja escondido en esta arena que golpea. Poco después, varias calles más allá, descubro cómo un anciano intenta dar forma a un pedazo de metal en una especie de taller donde un yunque y un martillo son su único material de trabajo.

—¿Qué quieres llevarte de aquí? —pregunta tras dejarme que le haga un retrato, sin saber de dónde vengo ni quién soy.

Ante mi gesto de sorpresa, pues en el cubículo donde está no veo nada que se pueda comprar, ni vender, añade:

—¿Puedes volver dentro de dos horas?

Se llama Tale, viste una chilaba azul y tiene 63 años, aunque parece un anciano. Cuando me reconoce más tarde, sonrío y me da una pulsera de metal como presente. En ella ha trabajado todo el día.

—Me gustaría que una película contara nuestra historia: cómo salimos de nuestras casas, cómo las mujeres tuvieron que cargar con los niños. Sería una película que cuente cómo nos invadieron. Pero yo no voy a ir al cine, porque es un espacio de jóvenes y lo respeto. Iría si todavía fuera joven —concluye cuando le pregunto por el Festival. En el exterior, varias chicas



Elena García Quevedo

Los niños esperan el comienzo de la carrera de camellos celebrada durante el Festival de Cine del Sáhara.

saharauis aprenden a manejar los equipos de grabación cubiertas con *melphas* —vestidos tradicionales— amarillos, rojas, verdes o anaranjadas, que sólo les dejan al descubrirse los ojos. Junto a ellas, algunas parejas se hacen arrumacos mientras pasean.

—Muchos de nosotros estudiamos fuera, y al volver nos cuesta adaptarnos, aceptar lo que hay aquí —dice Failiha Lehbib, que lleva el rostro cubierto por una *melpha* azul, por la que sobresalen sus gafas negras. Es enfermera, tiene 31 años, ha pasado once en Cuba como estudiante y lleva cuatro aquí.

—En Cuba yo siempre iba al cine, y hoy quiero ver la película española que

ha ganado el Oscar. ¿Sabes? Hubo un hombre aquí a quien le ocurrió algo parecido a lo del protagonista.

Por la noche, al terminar la proyección de *Mar adentro*, hay quien aplaude, quien se levanta y quien deja la mirada perdida cuando terminan los títulos de crédito. Hay jóvenes que han crecido en Cuba, Argelia y España; hay quienes jamás han salido de los campos, quienes llegaron hace 30 años y quienes sueñan con una tierra que jamás conocieron. Como si la pantalla hubiera convocado realidades tan distintas que se solapan sin negarse, tan intensas como el color de las *melphas* que transforman el desierto, mientras esperan.



Paul Coulbois

▶ Cómo llegar y...

Air Algerie (☎ 91 542 08 01 y 93 216 00 08) vuela a Tinduf desde Madrid (sábados y martes) y desde Barcelona (lunes, miércoles, viernes y sábados). Las dos horas de distancia desde allí hasta Auserd, a través del desierto, sólo pueden ser recorridas en vehículo, que se puede alquilar en Tinduf.



Elena García Quevedo

Tale, de 63 años, en la puerta de su taller, donde apenas tiene herramientas de trabajo.



Carmen Rodríguez Diezgo

Varios camellos pasan ante el campo de refugiados de Auserd, con casas de adobe y tiendas de campaña.



Elena García Quevedo

Estudiante cámara en mano. Con el Festival también empezó un curso.